

Almudena Cid



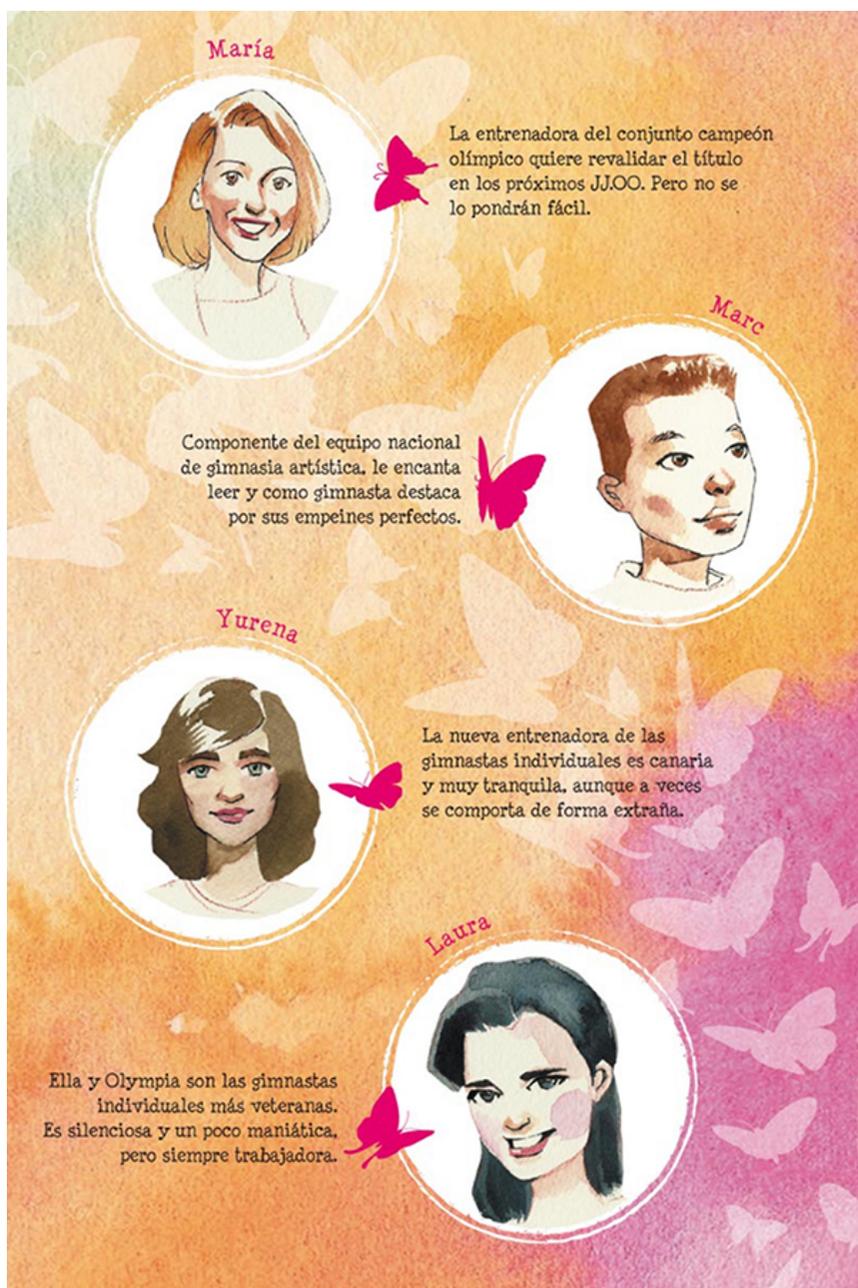
EL MUNDO DE
Olympia

LA FUERZA DE LOS CAMBIOS

Con los Juegos de Atlanta, Olympia vio cómo se hacía realidad el primero de sus sueños, el de ser una deportista olímpica. Ahora ella y las chicas deben empezar a caminar hacia el siguiente objetivo.

Pero algo ha cambiado: la relación con Mario, los líos dentro y fuera del equipo e incluso ella misma. Todos a su alrededor empiezan a decir que ha dado el estirón y que está distinta. Pero ¿qué significa eso para una gimnasta? ¿Qué puede hacer, si ella preferiría seguir siendo la de siempre?





Había un gigante en la puerta.

Uno del tamaño del monte Zaldiaran, con camiseta y pantalones negros.

Olympia miró hacia su derecha, al mostrador lleno de tarros de cristal herméticos, pesos de balanza y cuencos con granos de café, y luego de vuelta hacia esa mole que tapaba la luz de fuera y, de paso, la salida. El eclipse humano debía de medir más de dos metros y tenía los hombros tan anchos que habrían hecho falta dos gimnastas de rítmica para abarcarlos. Tres, si una de ellas era Carmen, la más bajita del equipo. El gigante miraba alrededor buscando a alguien, y al descubrirla, algo en su gesto hizo que instintivamente Olympia se encogiera.

Nada más aterrizar les habían dejado claro que algunos barrios era mejor visitarlos de día y acompañadas, porque por la noche podían ser peligrosos. Pero ¿no era de día cuando entró en la tienda?

—Ahí está —escuchó a Zaldiaran.

Del susto, Oly dio un salto en el sitio, y luego miró hacia atrás, porque la esperanza es lo último que se pierde, pero allí no había nadie. A todo esto, ¿dónde se había metido la dueña? Estaba ahí hacía un segundo, la había visto, era una señora muy sonriente con brazaletes y el pelo blanco sujeto con una cinta verde. ¿Y si le había llamado ella?

—Venga acá —ordenó el gigante, que no le quitaba ojo.

—¿Es a mí?

—¿Adónde cree que iba?

—¿Quién?

—Usted.

—¿Yo? —Olympia sonrió sin poder evitarlo.

Ya llevaban una semana en Colombia, pero le seguía haciendo gracia eso de que todos los adultos les hablasen como si fuesen mucho más mayores. El gigante se separó de la puerta y avanzó a zancadas. A ella se le borró la sonrisa.

Una estantería llena de muestras partía la tienda en dos mitades. No era lo bastante alta como para haberla ocultado, pero sí lo suficiente como para sacarle algo de partido, así que, cuando él se le acercó por la derecha, Oly rodeó la estantería por el lado contrario y echó a correr hacia la salida, sin dejar de mirar por encima del hombro. Por eso, cuando chocó contra algo, lo primero que pensó fue que había calculado mal dónde estaba exactamente la puerta. Luego notó que una fuerza tiraba de ella hacia arriba, como si el brazo de una grúa la hubiese enganchado de la mochila.

Con la cabeza echada del todo hacia atrás, y moviendo las piernas como si corriese los cien metros lisos en versión aérea, Oly cayó en la cuenta de que Zaldiaran no venía solo. Otro igual de grande y vestido también de negro la había alzado en vilo y la miraba con la misma cara de haber pasado una mala noche.

—¡Eh, suéltame! ¡Suéltame! —Y decía a la dueña, que por fin había salido de la trastienda y observaba con los ojos como platos—: ¡No pienso recomendar este sitio!

—¡Oly! —escuchó entre el jaleo que estaba montando—. Aquí abajo.

Carmen la saludaba con la mano al lado de Zaldiaran-2, como una niña de cinco años junto a su padre.

—Pero ¿qué está pasando?

—Que tenemos guardaespaldas.

—¿Eh? —Suspendida por los aires no entendía nada, pero al menos dejó los gritos.

—¿No les han dicho que no se alejen de las entrenadoras? —preguntó con cara de malas pulgas el primer gigante

—. ¿Qué hacía aquí usted sola?

—Comprar caramelos de café de Colombia.

—No iban a ser brasileños —se rio Carmen.

—No, tienen que ser de aquí, es para regalarlos en el colegio Altagracia, en Madrid, y si no, no se van a creer que he estado.

Una vez superado el susto, la dueña de la tienda negaba con la cabeza, mientras pesaba una bolsa transparente de caramelos de café sobre un platito de la balanza.



—Si quieres uno, solo tienes que pedirlo —le dijo Oly a la grúa humana—: Están muy ricos y van bien para el aliento y también cuando vas a comprar una colonia, porque si te pasas uno por la nariz entre colonia y colonia te borra la memoria y así puedes seguir oliendo... La memoria de la nariz, no la tuya. Imagínate que fuese eso, ¿no? —Y le entró la risa, por los nervios.

—Está prohibido que se separen unas de las otras. Tienen que ir con su entrenadora —la interrumpió Zaldiaran-2 mientras la dejaba en el suelo.

Olympia miró a las torres desde abajo.

—¿Sabéis? Nos habríais ido fenomenal para ayudarnos con las maletas en Atlanta —dijo mientras se acercaba al mostrador a por sus caramelos—. Seguro que habríamos llegado a tiempo a la clausura.

Cinco minutos después, ya en las calles soleadas, Ardilla y Laura le dieron la razón.

—Esas maletas de la Federación eran enormes y las ruedas no rodaban.

—Si el seleccionador de *rugby* nos hubiera visto arrastrándolas por toda la Villa Olímpica, nos habría fichado a las ocho.

—¿El de *rugby* o el de lanzamiento de peso? —preguntó Laura.

—Los dos —dijeron a la vez Ardilla y Carmen.

—Este invierno voy a usar la mía para tirarme por la nieve. —Olympia ya se imaginaba descendiendo las laderas de los montes de Vitoria.

—Eso tendríamos que haber hecho con Maya. Sentarla en una y tirar de ella entre todas, como un trineo. Seguro que así se habría librado de médicos.

—Ahora estaría gritándonos.

—«¡Chicas, no corráis! ¡¡Chicas!!» —la imitó Ardilla.

—Se lo ha perdido.

Tras el buen resultado del equipo nacional en los Juegos Olímpicos, ese era un viaje en forma de premio que la

Federación Española les había organizado para conocer otro país, otras costumbres, otros olores, sabores y climas, a cambio de una exhibición, pero la seleccionadora no había podido acompañarlas porque terminó agotada tras los Juegos Olímpicos, y la habían obligado a descansar. Tampoco iba con ellas Rita; la entrenadora de individual había dejado la selección casi sin despedirse y Olympia estaba segura de que no iba a echarla de menos: ya desde su primer año había tenido la impresión de que no conseguía entenderse bien con ella.

A cambio, María, la entrenadora del conjunto, había invitado a Iratxe a viajar con el grupo. «¿Te vas a quedar con nosotras cuando volvamos?», le habían preguntado Carmen y Olympia en el vuelo, pero Iratxe se había limitado a decirles que no las acompañaba como miembro de la selección, sino como entrenadora-canguro: con un par de ojos extra, más la ayuda de los guardaespaldas, era más fácil controlar a las chicas.

Eso intentaron ella y María entre paseos por las ciudades, pabellones de gimnasia y algunas visitas turísticas. La rítmica le estaba dando a Olympia la posibilidad de viajar por el mundo y darse cuenta de lo grande que era. De momento estaban en Cali, y antes habían conocido Bogotá, desde donde las habían llevado de visita a las tierras cafeteras de Zipacón. Pasado mañana salían rumbo a no recordaba qué sitio costero del valle del Cauca, la guinda antes de volver a España. «Justo lo que necesitaba», pensó Olympia mientras saludaba con la mano a la pareja de guardaespaldas y sus amigas seguían recordando buenos momentos en la Villa Olímpica.



—¡Qué calor! Tenemos que estar como a cincuenta grados.

—¡Hala! O a setenta. Mira que eres exagerada, Ardilla —dijo Carmen.

—Es la humedad. —Oly se dejó caer de espaldas en la cama del hotel, un cinco estrellas enorme y frente al mar—. Si ahora mismo me cogiesen por la cabeza y los pies y me retorcieran, iba a dejar un charco en el suelo.

Ardilla se rio, pero Laura se la quedó mirando con cara de extrañeza.

—Si te hacen eso, ibas a terminar con más contracturas que después de la primera semana de entrenamientos.

—¡Eso ni mencionarlo! Quedan dos días de sol y playa. —Oly se dio la vuelta y, desde el colchón, empezó a rebuscar dentro de su maleta, abierta en el suelo—. Hay que estrenar los bañadores de la equipación olímpica.

—Vamos a ir todas iguales.

—Sí, todas de rojo, como socorristas. —Así los guardaespaldas las tendrían bien controladas—. Lo tengo —dijo mientras tiraba de la tela.

Pero mientras Laura abría su maleta perfectamente hecha y Ardilla y Carmen discutían sobre quién se quedaba con cada lado de su cuarto, Olympia vio que, por más que tirase, ese bañador no iba a entrarle nunca.

—A mí tampoco me vale —confirmó Carmen.

—Nos los han dado pequeños. —Ardilla tenía el brazo derecho enganchado en el tirante, que no le pasaba al hombro.

—Pero si yo me lo probé antes de ir a Atlanta... —se extrañó Olympia.

Se sentó en la cama con el ceño fruncido, justo al contrario que Carmen, que sonreía sin parar y gritaba: «¡He crecido, he crecido!». Oly tuvo que unirse a las risas: conocía a Carmen desde hacía años, desde que entró en el IVEF, y siempre había pensado que estaba un poco loca.

—Los estiramientos en las espalderas han funcionado —le dijo.

—Ah, qué poca fe. ¡Pues claro! —La microgimnasta se había pasado años colgándose de la espaldera cada vez que terminaba el entrenamiento, para que la fuerza de la gravedad le echase una mano.

—¿Qué espalderas? —preguntó Ardilla, pero nadie le hizo caso.

—Vais a tener que comprar un bañador nuevo —zanjó Laura con los brazos en jarras y el suyo ya puesto. Era la única a la que le quedaba perfecto.

«Necesitamos una versión 2.0 del bañador olímpico», se reían mientras conseguían uno nuevo en la tienda del hotel. «Rojo, tiene que ser rojo», habían aclarado, aunque lo más cercano que consiguieron fue uno de color rosa fucsia.

—Es la primera vez que me compro algo en la zona de adultos —decía Oly camino de la playa, más bien para sí misma. El resto iba hablando de alguna aventura del viaje.

—Eso fue en Cali, donde la plantación de café —decía Carmen.

—La de Cali era de azúcar de caña —la corrigió Laura—, que es su principal cultivo y tiene un tallo hueco, largo y flexible.

—Como nosotras. —Oly subió la pierna hasta la cabeza —: Largas y flexibles.

—Y Carmen, además, hueca, porque no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Ja, ja. —Fingió reírse mientras Ardilla le sacaba la lengua—. Ya estamos.

—¿Y qué más sabe Wikilaura?

—Que Colombia es el país del mundo con más mariposas, catorce mil especies, y también con más pájaros, y con más especies de flores. Que aquí los árboles crecen más rápido que en otros sitios. Que tiene el mayor centro de investigación de café del mundo. Que los principales centros deportivos de Colombia están en Cali, y han celebrado los Juegos Panamericanos y Mundiales y...

—Ya me he olvidado de lo primero —la paró Carmen antes de echar a correr en un esprint hacia el agua, mientras se quitaba la camiseta a la carrera y, como las otras, iba dejando un rastro de ropa por la arena.

Todo era una competición y al mismo tiempo un juego: quién llegaba antes a la orilla, quién era capaz de saltar más olas, quién aguantaba más tiempo sin salir a coger aire, quiénes eran capaces de imitar mejor al dúo olímpico de sincronizada... Olympia arrancó también, pero solo dio unos pasos antes de tropezar con algo.

«¡Qué bonita!». Acababa de encontrar una caracola. Recordó que una vez había oído que, si te acercas la caracola, puedes escuchar el mar. «A mis *aitas* les va a encantar», pensó ya en cuclillas mientras la cogía y se la llevaba a la oreja.

En vez del mar, Oly escuchó una voz, apartó la caracola y miró hacia atrás. Los dos guardaespaldas la miraban con la misma pinta de torres que en la tienda de café, y con el mismo uniforme que en la ciudad y gafas de sol, pero esta vez sonrientes.

—Así no funciona, mijita —repitió Zaldiaran-1, que era el que había hablado.

—Su oreja es demasiado pequeña para la boca de esa caracola —explicó Calimero, que era como había bautizado Carmen a Zaldiaran-2 «porque viene de Cali».

Oly les devolvió la sonrisa.



—¡No la llaméis bocazas, pobre!

Zaldiaran soltó una carcajada y Calimero negó con la cabeza como diciendo: «Estas chicas...», mientras Olympia abrazaba la caracola como si tuviese que defenderla de un par de abusones.

—¡Venga, Oly, métete! —gritó Ardilla—. ¡Está calentita!

Así que terminó de quitarse la camiseta, guardó todo bien en la bolsa («lo del orden debe de ser influencia de Laura», se dijo mientras lo hacía) y se unió al resto en el agua.



Das días después...



¡Tengo que contaros algo!



¡Hola, Vessela!

